

No es culpa de la rosa

Por: Mariana Rengifo

Cuando era niña, siempre que jugaba fútbol, pelea de espadas o cualquier actividad de contacto con mi hermano o primos, mi padre aparecía en algún momento para recordarme que las niñas son “delicadas como el pétalo de una rosa”, después me pedía que tuviera cuidado, me alejara un poco o simplemente que me abstuviera de jugar. Por otro lado, a los niños no les decía nada, quedando inmunes a cualquier corrección de su comportamiento. Incluso cuando en medio del juego me llegaban a golpear o empujar, la que usualmente recibía algún comentario era yo por no haber obedecido las palabras de mi padre. A pesar de la corta edad que tenía, pude identificar que había algo injusto e incoherente en todo esto. Y para mi desagradable sorpresa, con los años este tipo de situaciones perduraron y agravaron al punto de rozar lo absurdo.

Cuando cumplí trece o catorce años y pude empezar a salir sola de la casa, ya no era solo mi padre el que hacía los comentarios sobre cuidarme y reservarme de hacer esto o lo otro, ahora cualquier persona mayor se me acercaba a hablar de lo mismo. Entre las cosas que decían resaltaba el no salir con ropa ajustada, no mostrar mucha pierna, no mostrar mucho pecho, no caminar sola de noche, no caminar por lugares llenos de hombres y no recibir nada de ingerir a un hombre. Además, comúnmente estas conversaciones iban acompañadas de comentarios sobre las “descuidadas e ingenuas” mujeres que no seguían al pie de la letra esas indicaciones y terminaban heridas, violadas o muertas. Nuevamente pude detectar cómo no mencionaban la necesidad de un cambio en el comportamiento de los hombres autores de semejantes acciones, solo se asumía que aquella era su naturaleza y no había nada que hacer al



respecto. Al tener claridad sobre lo torcidos que eran los argumentos por los que me estaba viendo rodeada, los sentimientos de rabia e impotencia se volvieron cotidianos, pero hasta ahora esto no había sido más que palabras y nada se compararía a lo que me esperaba al adentrarme más en la adolescencia.

Empecé a ser testigo de cómo se intentaba justificar agresiones cometidas por hombres culpando a las mujeres víctimas de estas, y sentía que una parte de mí se rompía cada vez que los involucrados tomaban el rostro de alguien de mi círculo cercano. Vi cómo se defendió a quien intentó abusar de una compañera de colegio, bajo el argumento de “eso le pasa por andar tan borracha”. Estuve ahí cuando pusieron droga en la bebida de una amiga y su padre reaccionó diciendo “eso le pasa por andar por donde no la llaman”. Y sentí cómo intentaban subir mi vestido a la fuerza, sentí miedo, sentí desesperación y sentí el dolor que me trajo escuchar como respuesta de esta confesión “ya sabes que por ahí no puedes ponerte ese tipo de cosas”. Estos años se han sentido como un mal sueño en donde ante el intento de un grito desesperado solo sale un leve susurro que es opacado bajo cualquier voz masculina.

Estoy asqueada de escuchar tantas veces “eso te pasa por” y estoy indignada de que pongan bajo nuestros hombros la culpa y vergüenza que se deberían llevar quienes nos lastiman y rompen el alma. Es ridículo que hasta el día de hoy es más común enseñarle a una niña a cómo evitar ser agredida, en vez de enseñarle a un niño a no agredir. Es imposible negar que entre nosotros aún están los restos de lo que fueron siglos de opresión, abuso y estigmatización hacia las mujeres, pero con solo saber que hay un problema y no hacer nada al respecto, nunca se va a encontrar una solución. Es nuestro trabajo afrontar la situación y realizar cambios de raíz que logren por lo menos atribuir las responsabilidades a quienes de verdad les pertenece. Solo así



nosotras, las supuestas rosas, que en vez de delicadas nos hemos tenido que volver de piedra para soportar estas miserias, podremos florecer sabiendo que somos escuchadas, valoradas y ante todo respetadas.